la unión del alma y del cuerpo, formando una sola substancia, una sola naturaleza y una sola persona. He aquí la teoría metafísica (cuyo valor interno, sea el que fuere, no tratamos de discutir aquí), que expresa admirablemente los dos hechos fundamentales de la experiencia, mejor que ninguna otra de las hasta aquí propuestas. Estos dos hechos, son: el primero, la solidaridad y fusión de las funciones corporales y las del espíritu, y el segundo, la irreductibilidad de unas y otras. Sin lo primero, la psicología experimental es imposible, y sin lo segundo, no existe, porque pasaría á formar un capítulo de la fisiología. En resumen: como postulado del método, y como síntesis de los trabajos de la nueva psicología experimental, nos encontramos con una fórmula empírica, que es la mejor expresión de la psicología tradicional en las escuelas católicas (1).

---

(1) Pueden consultarse útilmente, acerca de este punto, *La Psychologie* de D. Mercier (Lovaina, 1899, quinta edición); *El compuesto humano*, del P. M. Liberatore, trad. castellana, 1882, y las ya citadas *L'âme humaine* del P. Coconnier, y *Le cerveau l'âme et la pensée* de Alb. Farges. París, 1894; y también los dos volúmenes de J. Gardair, *Corps et âme*, 1892; y *La nature humaine*, 1896, Letlielleux, París.

CAPÍTULO III

Lo inconsciente psicológico.

ARTÍCULO PRIMERO

SU EXISTENCIA É IMPORTANCIA EN LA VIDA HUMANA

Íntimamente ligada al problema de la conciencia, se presenta hoy otra cuestión relativa á lo *inconsciente psicológico*. Ruego al lector que suspenda su juicio por ahora respecto á la contradicción aparente de los términos; y si le parece bien que hayan de cambiarse por otros que expresen mejor el pensamiento, no encontramos en ello inconveniente; lo único que nos interesa son las ideas. Es de advertir, además, que lo *inconsciente* de que aquí hablaremos, nada tiene que ver con el tan llevado y traído de Schopenhauer y Hartmann.

Las actividades psicológicas ¿revisten siempre una forma consciente, ó es esta una forma accidental de las mismas? La psicología moderna, no obstante proceder toda ella y por distintas vías de Descartes, tiende hoy á abandonar la idea

fundamental de su metafísica, que consistía en dividir el mundo en dos grandes categorías, conciencia y extensión, espíritu y materia. Este fué uno de tantos errores del espíritu simplificador y apriorístico del innovador francés, porque ni todo lo espiritual es conciencia, ni todo lo material extensión. En psicología, como en toda ciencia de lo real, los análisis de la experiencia constituyen la base, y la inteligencia no debe remontar tan alto que pierda de vista esta base, que debe ser su punto de partida. ¿Qué razón *à priori* ó de experiencia pudo tener Descartes, para establecer como principio que las actividades del alma no se conciben sino bajo formas conscientes? Ninguna, á no ser que se tomen como tales las exigencias de una construcción sistemática con que explicar la naturaleza.

«La psicología, dice Höffding, para caminar con pie firme, debe atenerse en el análisis de los fenómenos de conciencia á lo que es claro y seguro. Y precisamente sin salir de este terreno llega á descubrirse lo inconsciente, y se convence el psicólogo, no sin sorpresa, que las leyes psicológicas parecen extender su dominio fuera de la vida consciente. *Parecen existir, en efecto, procesos inconscientes que pueden producir el mismo resultado, realizar la misma función que cumplen ordinariamente los fenómenos conscientes*» (1).

---

(1) Höffding, *Esquisse d'une Psych. fondée sur l'expérience*, pág. 93.

Por la conciencia el alma adquiere conocimiento de sus propios actos, y de sí misma en ellos. Al penetrar en nuestro interior las impresiones venidas del mundo exterior, ó cuando, independientemente de los objetos exteriores, se suscitan en nuestra alma imágenes en forma de representaciones sensibles ó de ideas, no sólo percibimos los objetos, sino que á la vez adquirimos el conocimiento, más ó menos confuso é implícito, de la misma percepción y del sujeto que lo experimenta.

Pero no todos los hechos se presentan al espíritu con igual viveza y relieve. Desde la conciencia plenamente reflexiva, en donde la afección interior se toma como objeto directo de la percepción, hasta aquellos actos que llamamos espontáneos, en donde no se vislumbra el menor indicio de reflexión, podría señalarse una serie de grados en la conciencia hasta unirse con lo totalmente inconsciente. Fuera del *límite inferior*, último grado de la conciencia, ¿puede realizar el alma las funciones de la vida superior, sensible é intelectual, del mismo modo que organiza el cuerpo y ejerce todas las funciones de la vida puramente orgánica, sin que de ello tenga conciencia? Toda afección subjetiva ¿lleva como condición el ser percibida y sentida en nuestra alma? Los términos psicológico y consciente, ¿tienen el mismo significado?

Los psicólogos partidarios de la explicación fisiológica del espíritu, han tratado de explotar estos fenómenos obscuros é indefinidos que

parecen hallarse en los límites de la conciencia, y á que han dado el nombre algo bárbaro de *cerebración inconsciente*. Si lo inconsciente, dicen, puede realizar las mismas funciones que la conciencia, luego no son de distinta naturaleza uno y otra; y como lo inconsciente no difiere tampoco de lo físico, luego conciencia, inconsciente y fenómeno físico son distintos modos de una misma cosa. Y así como en el mundo de la materia los fenómenos físicos son la resultante de elementos más simples, así también la sensación y cualquier otro hecho de conciencia son la resultante de sensaciones elementales más simples é inconscientes que, á su vez, se resuelven en elementos físicos. «Yo no dudo en afirmar, escribe Stuart Mill, que todo aquello de que tenemos conciencia se compone de hechos inconscientes». Al decir de Taine, una sensación cualquiera puede descomponerse en un número infinito de sensaciones elementales, lo cual pretende demostrar del siguiente modo: «Sea, dice, una rueda de dos mil dientes, que haga su revolución en un segundo; aproximándola una placa fina, chocará con ella dos mil veces por segundo. Si ahora le quitamos á la rueda todos sus dientes, excepto dos contiguos, los dos golpes dados sobre la placa en una nueva revolución, tendrán una duración de 1 por 1.000 de segundo; pero su sonido podrá ser aún apreciable. Si se le quita otro diente, el sonido producido cesa ya de caer bajo la conciencia; y, sin embargo, éste debe existir, porque el sonido total de los dos mil choques es nada más que el resultado del conjunto de los sonidos particulares producidos por cada uno de los dientes. Luego la sensación total, concluye Taine, está compuesta de sensaciones elementales que no caen bajo la acción de la conciencia» (1).

Por lo que toca á la realidad de lo inconsciente psicológico, no sólo creemos en ella, sino que nos parece que interviene como factor importantísimo en toda nuestra vida psicológica, teniendo por otra parte explicación natural y obvia en la antropología escolástica; y en cuanto á su naturaleza, no es difícil demostrar que es idéntica á los fenómenos de conciencia, excepto el ser conscientes, y, por tanto, como éstos es también irreductible al fenómeno físico.

Hay que distinguir, por tanto, aquí dos cuestiones, una que se refiere á la existencia de los fenómenos psicológicos inconscientes, y otra á su explicación. En los tratados de psicología es comunísimo emplear indistintamente los términos psicológico y consciente con significación idéntica; si con esto se quiere expresar solamente que los fenómenos psicológicos de la vida sensible y racional pueden ser percibidos por la conciencia, quizá contenga verdad esa expresión, aunque no sea exacta; pero si, como es más común, se quiere dar á entender que todo lo psico-

---

(1) Taine, *De l'intelligence*, I, pág. 180.—V. Farges, *Le cerveau, l'âme et les facultés*, págs. 302-303.

lógico es consciente, y que todos los hechos superiores á los orgánicos van, aunque no con la misma intensidad, acompañados siempre de la conciencia, entonces, además de inexacta, es errónea la expresión.

Este error de hacer conscientes todas las manifestaciones psíquicas trae su origen, principalmente, del falso concepto del hombre introducido en el campo de la filosofía por Descartes, y de él lo ha heredado la moderna psicología. En el hombre, dijo Descartes, no hay más que pensamiento y extensión, conciencia y materia; con lo cual queda reducida la vida del alma á la conciencia, todo otro fenómeno es mecanismo orgánico.

En la tradición aristotélico-escolástica encontramos un concepto muy distinto del alma y de sus facultades; aquélla es aquí principio de vida y de fuerza, no es sólo pensamiento; y sus actividades pueden ser ó con conciencia ó sin ella, la cual es carácter meramente accidental que supone ya los hechos internos. Hay, pues, distinción entre lo psicológico y lo consciente; la conciencia es el conocimiento, y los fenómenos subjetivos el objeto, cuya realidad, lo mismo que la exterior, no depende de que sea ó no conocida.

Si pues no está en el pensamiento ó la conciencia el constitutivo esencial de lo psíquico, según lo afirma la psicología escolástica, sino en ser esto producto de una fuerza inmaterial; y si el alma existe sin pensar en su existencia, y preside á la organización del cuerpo de un modo inconsciente, ¿por qué no ha de poder pensar también el alma sin pensar en el pensamiento, y sentir sin darse cuenta de la sensación?

El único criterio que puede resolver satisfactoriamente la cuestión, es la experiencia, y los datos que ésta proporciona nos inducen á reconocer que la mayor parte de los sensitivos, y quizá algunos de la vida racional, pasan inadvertidos á la conciencia. En primer lugar, forzoso es reconocer qne la conciencia sólo nos da cuenta de la existencia del hecho interno, porque de su naturaleza, de sus causas inmediatas y de todo el proceso de su formación sabemos muy poco, y esto no por la conciencia, sino por el discurso apoyado en ella. Por tanto, debe afirmarse que ningún hecho es totalmente consciente, puesto que una gran parte de él queda fuera de nuestro conocimiento. Aun respecto de la existencia solamente, debe admitirse como cosa incontestable, que se dan en el alma fenómenos de carácter psíquico que escapan á la vista de la conciencia.

Hemos dicho que en ésta se dan grados de intensidad, desde la reflexión perfecta, que lleva consigo un conocimiento claro y distinto del acto psíquico, hasta aquella conciencia confusa, en donde el objeto exterior absorbe por completo la atención del espíritu, ó le hace fijarla toda sobre uno solo de sus actos, olvidándose de todos los demás y de sí mismo. Por debajo del grado mínimo de advertencia del alma á sus propios actos, ha de haber otros también en donde falta

del todo la conciencia. Aun sin acudir á una demostración experimental, parece lógico que, dándose grados distintos de intensidad, algunos de ellos apenas perceptibles por lo remisos, existan también hechos de la misma naturaleza en que la conciencia sea nula. ¿Acaso se encuentra imposibilidad alguna en que el alma ejerza sus actividades sin conocerlas? Al decir Balmes que todo lo psicológico lleva como condición el ser consciente, puesto que para él la conciencia es la presencia al espíritu de los fenómenos internos, y tenerlos es lo mismo que percibirlos, no consultó debidamente la experiencia. «La conciencia, dice terminantemente, acompaña á todo ejercicio de las facultades de nuestra alma, activo ó pasivo. Decir que estos fenómenos existen en nuestra alma y no están presentes á ella, es una contradicción» (1). Según esto, ni el alma podría obrar en el cuerpo como principio organizador sin sentirlo, puesto que le es tan presente como las otras actividades, ni le faltaría nunca el conocimiento directo de sí misma, puesto

(1) *Filosofía fundamental*, lib. I, cap. XXIII.—En otra parte se expresa del modo siguiente: "Sentir, imaginar, pensar, querer, son afecciones de nuestra alma que no pueden ni siquiera concebirse sin la presencia íntima de ellas. ¿Qué sería el sentir si no experimentásemos la sensación? ¿Qué el pensar, si no experimentásemos el pensamiento? ¿Qué el querer, si no experimentásemos el acto de la voluntad? El sentido, la imaginación, el pensamiento, la voluntad, todo desaparece sin esta presencia íntima; pues todo se reduce á palabras que, ó no significan nada, ó expresan cosas contradictorias.—(*Filosofía elemental*.—*Lógica*, lib. III, cap. I.)

que nada más presente al alma que ella misma. ¿Y quién se atreverá á sostener que se da el alma siempre cuenta de aquéllas y de sí misma? De las primeras, esto es, de las orgánicas, sabemos que en tanto que de algún modo no afecten los órganos de la sensibilidad, son inconscientes por naturaleza; y respecto del conocimiento que el alma tiene de sí misma, sabemos que nunca es directo, sino que se conoce en sus actos, y el alma no está, no puede estar siempre obrando con conciencia.

Si ha de entenderse en su propio significado, la conciencia, que es un conocimiento interior, debe incluir alguna advertencia, alguna atención, por mínima que sea, al fenómeno interno, la cual no se concibe sin algún modo de reflexión, siquiera sea ésta débil y confusa; y de aquí que la llamada conciencia habitual ó directa no tiene significación real alguna si no va acompañada de la percepción, aunque sea en grado remiso, del acto interior. La conciencia debe ser siempre en algún modo refleja. ¿Y no encontramos dentro de nosotros mismos una multitud de hechos en que la reflexión es completamente nula, de los cuales no sabemos que se sucedan en nuestra alma?

Podemos desde luego poner á un lado ciertas afecciones, que siempre son conscientes, y que en tanto existen en cuanto se manifiestan al alma, y por ella son percibidas: tales son el dolor, el placer, el sentimiento, etc.; de éstas se puede decir lo que Balmes dice de todo lo subje-

tivo: que su existencia implica la percepción consciente.

Dada la naturaleza del conocimiento, y dado el modo de obrar de las facultades cognoscitivas, se explica, no sólo la existencia de lo subjetivo inconsciente, sino hasta la imposilidad de que el alma se dé cuenta de todos los actos psíquicos, y cómo muchos de ellos quedan fuera de la conciencia, aunque no sin haber dejado algunas veces ciertas huellas en la memoria, por las cuales pueden después recordarse. Está sujeto el entendimiento á la ley de unidad en el modo de conocer, ya se dé ésta en los mismos objetos, ya la forme él bajo una relación cualquiera, y de tal suerte, que es sumamente difícil conocer dos cosas á la vez, si no es bajo esa razón de unidad. Todo conocimiento lleva consigo atención, la cual sólo es una, aunque puede recaer á la vez sobre varios objetos de algún modo asociados, y para que el alma tuviera conciencia de todos sus actos, sería preciso que nunca faltara en ellos unidad. Y en el alma se verifican simultáneamente una multitud de fenómenos distintos, sin que á veces haya relación alguna entre ellos, como son sensaciones, representaciones, recuerdos, movimientos diversos, intelecciones, voliciones, etc.; para adquirir conciencia de todos ellos se necesitaría una atención múltiple, lo cual es difícil, y en el caso de que aquéllos sean numerosos, imposible.

Valiéndonos de una semejanza, diremos que el mundo psicológico es á la conciencia lo que

los objetos iluminados á la visión. No todos los objetos presentes á la vista y en condiciones de impresionarla, son objeto de la visión, ó por dirigirse aquélla preferentemente á un objeto, ó porque el alma piensa en otra cosa; del mismo modo, al fijar su atención la inteligencia en un hecho subjetivo, disminuye proporcionalmente la conciencia de los demás, y algunos pueden quedar totalmente fuera de ella (1). Es decir, que en la percepción interna como en la externa, lo conocido no comprende todo lo real y presente. La actividad del alma es muy superior á lo que podemos saber por el testimonio de la conciencia. En el mundo psicológico, como en el mundo físico, no es el conocimiento la medida de lo real; fuera de la conciencia hay manifestaciones de las fuerzas anímicas, que permanecen en el

(1) Cuando fijamos la vista en un objeto cualquiera, la representación ó imagen recibida no se limita á sólo el objeto, sino que entran también más ó menos confusamente en la percepción otros muchos objetos inmediatos ó relacionados con él; la mayor ó menor intensidad y viveza con que esos múltiples objetos son percibidos, dependerá de la mayor ó menor proximidad en que se hallen respecto del centro de visión. Alrededor de ese centro puede considerarse una serie de círculos concéntricos, siendo la percepción más confusa á medida que el objeto se separa de aquél, hasta que por fin, sin que pueda fijarse el punto donde termina, la percepción desaparece por completo. Una cosa análoga ocurre en el conocimiento interior de la conciencia; cuando ésta dirige su atención sobre un hecho, tiene de ordinario la percepción confusa de otros relacionados con el principal; y cuanto más se concentra la atención en uno solo, tanto más disminuye la advertencia á los otros, pudiendo quedar muchos totalmente fuera de la conciencia.